

RESEÑA DE LIBROS

ANTONIO TOVAR, *Lingüística y filología clásica. Su situación actual*.
Madrid, Revista de Occidente, 1944, 159 págs.

D. Antonio Tovar, catedrático de la Universidad de Salamanca, contribuye con la publicación de *Lingüística y filología clásica* a una mayor comprensión y difusión de la historia de estas dos ciencias que, por lo general, en el público no especializado suelen confundirse y ser tenidas como inmediatas creaciones del más próximo pasado. La intención no podría ser más plausible. Con tantas mayores veras cuanto que las exposiciones de conjunto son, en lengua española, de una escasez rayana en penuria. Algún intento de penetrar en la historia más reciente de la lingüística no falta en absoluto, es verdad, en el siglo pasado. Cejador, al dar una segunda edición de su libro *El lenguaje* (Madrid, 1911), quiso presentar igualmente un bosquejo histórico de la ciencia del lenguaje que, aún con todos sus defectos, tiene el interés de haber dado, posiblemente por vez primera en España, el resumen de las ideas dominantes en el siglo XIX y las básicas de la antigüedad griega y romana a propósito de la lengua. Pero en manera alguna trató el aspecto puramente filológico y en cuanto a la relación y posterior diferenciación de éste con la lingüística nada hay que haga presumir la clara inteligencia de la cuestión. Sólo en 1928 aparece la traducción del pequeño volumen de Kroll (*Historia de la filología clásica*, Col. Labor, Barcelona) que, al igual del *Grundriss der Geschichte der klassischen Philologie* de Gudeman (Zweiter, vermehrte Auflage, Leipzig und Berlín, 1909), se ciñe exclusivamente a la filología clásica. El año pasado apareció la versión castellana de la *Historia de la lingüística* de Thomsen (Col. Labor, Barcelona), con lo que se tiene ya a la mano dos libros que reseñan de conjunto, cada uno por su parte, la historia de las dos grandes disciplinas. Ahora bien; cuanto más concretamente se mira y examina la trayectoria separada de cada una de ellas, tanto mayor es el riesgo que se corre de omitir u olvidar los aportes recíprocos de una y de otra. Hace falta, por tanto, un manual, en español, que se encargue de mantener con criterio histórico la relación originaria dominante al lado de los préstamos e influencias, de modo que los problemas y los métodos no pierdan su auténtico perfil y sean vistos en su más completa integridad. Este manual queda representado ahora con la obra de Antonio Tovar, cuyo carácter restringido y en algún

aspecto incompleto, puede fácilmente subsanarse y disculparse desde luego; ya que, como allí se advierte, está fundada en un curso de conferencias dado en marzo de 1942 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid.

La parte dedicada a la filología clásica en la antigüedad es, notoriamente, la menos completa. Esto se hace más sensible a causa de que el autor ha enfocado esta sección abordando el tema como una cuestión de origen, precisamente la del origen de la filología clásica actual. Y en este sentido nada mejor, para ponerlo de manifiesto, que haber concentrado la atención en el aspecto textual, aspecto el más humilde, sin duda, pero del que va a brotar luego toda una escuela antigua que, desarrollada, será clave y norma de las escuelas modernas. Dígase otro tanto de la rutina escolar, de la tradición pedagógica (pág. 13), del primer arte gramatical y de la primera literatura, centrada en Homero (pág. 16). Pues bien; si de historia se trata, ¿no es notoria la ausencia de los nombres, del nombre mismo de *filólogo*, de aquellos hombres que, comenzando por Platón y Aristóteles, echaron a circular los primeros presentimientos y atisbos de la faena crítica? Hay que pensar que, en este particular respecto, la historia ya no es algo que pueda asimilarse fácilmente a un recuento más o menos completo de personalidades y sucesos sino el soporte mismo de los problemas, el necesario respaldo de todas las cuestiones teóricas o de principio, gracias a las cuales el producto o resultante adquiere una configuración científica.

Básica es en el libro de Tovar la concepción histórica que, objetivamente, está doblemente justificada. La exposición del desarrollo de una ciencia particular no sólo aparece ligada siempre a un criterio histórico sino que es ella misma historia. Por otra parte, en el caso de la filología y la lingüística lo histórico no es puro elemento accesorio sino sustancia permanente en los modos de concebir y solucionar los problemas; hasta tal punto que, en ocasiones, la concepción histórica llega a primar sobre la cuestión propiamente lingüística o filológica. Cabría, pues, la pregunta: ¿hasta dónde el expositor puede utilizar un criterio justamente histórico en el tratamiento de los problemas especiales de la historia de una ciencia determinada? En cualquier forma que se la conteste quedará algo como exigencia mínima. Esta mínima exigencia sería la de una enumeración sucesiva y lo más completa posible de cuanto sea enumerable en las diversas etapas y movimientos por los cuales ha pasado cada disciplina. Pues también la simple enumeración permite, dentro de tales movimientos y etapas, presentar los aportes, grandes o pequeños, constantes o esporádicos, que en ellos se realizan. En el libro de que esta nota se ocupa se echa de menos una referencia más detallada y comprensiva de la representación española en la lingüística y la filología. Pero es que —se dirá— ¿ha pasado España por una verdadera etapa de estudios que acredite semejante exigencia?

¿Ha habido allí movimientos de tal índole? Tovar lamenta (pág. 35) que España no haya tenido siglo XIX, que el gran movimiento historicista haya para ella pasado inadvertido. Por fuerza habrá de aceptarse que en estas afirmaciones hay que introducir cierta relatividad. Y además: la ausencia de siglo XIX en España, en el sentido de que se trata, no parece ser tan radical como para no dar lugar a una reseña más equitativa de las tendencias culturales y los esfuerzos que, desde fines de ese siglo, van dando como resultado la amplitud de visión científica y el rigor metódico que hoy son realidad incontrastable. Por lo demás, el criterio histórico necesita también ser consecuente y en el área de esta consecuencia se hallan las palabras del propio Tovar: Tenemos que comenzar por el principio, pero a la vez completar las cosas. Pues si ello es así, habrá entonces que contar con lo existente y tratar de *completar las cosas* acudiendo a la labor de inventario que es, a veces, principio eficaz. Este inventario queda reducido a muy pocos nombres y presenta omisiones que apenas sería de justicia remediar cuanto antes. No podría pretenderse, es verdad, que, en el corto espacio de cinco capítulos, se diera cabida a todo el repertorio onomástico y bibliográfico que es esencial a las exposiciones de índole histórica, y menos en el caso de Tovar que repite constantemente su propósito, las limitaciones inherentes al tema, el carácter propio de sus personales designios. Así y todo quedan por fuera en uno y otro de aquellos renglones aportes valiosos y considerables, en algunos casos de primera magnitud, que podrán ser tenidos en cuenta para una posterior edición.

Las ventajas que trae el poder apreciar, con sentido histórico, la evolución de una ciencia son evidentes y entre ellas sobresale la de poder relacionar con los grandes conjuntos, con las líneas directrices fundamentales, movimientos tangenciales ideológicos que a veces tienen honda repercusión en dominios afines. Este es uno de los sobresalientes méritos de *Lingüística y filología clásica*. Por lo mismo se hace más sensible en el capítulo *Filología e historia, tendencias más recientes*, una alusión, siquiera de mayor precisión, a los contactos de filosofía y lingüística y quizás a una importante rama, la filosofía del lenguaje. La repulsa de los indoeuropeístas y filólogos clásicos a propósito de Vossler (pág. 123) no se deberá en buena parte a falta de un examen más detenido de los postulados teóricos del gran idealista del lenguaje? Hasta dónde puede aceptarse como válida la tendencia de nuestros días a 'rechazar opiniones teóricas'?¹. ¿Cuánto deben la filología clásica y la

¹ A este propósito quiero recordar una nota de Amado Alonso. "Algunos colegas —dice— recelosos de las «teorías» (pero, Dios mío, ¿qué será nunca la ciencia más que teoría?) necesitan casos como éste [se refiere A. al discurso inaugural del Instituto Nacional del Libro Español de Menéndez Pidal] para abrir los ojos y ver que la elaboración y el análisis de las concepciones básicas del lenguaje y de la lingüística no son devaneos al margen de la investigación con-

lingüística actuales a la orientación idealista en el lenguaje a partir de Leibnitz y Humboldt? No son estas preguntas de rápida y sumaria respuesta. Pero aluden a verdaderas realidades científicas incrustadas en el desarrollo de las dos disciplinas; en cuanto tales, pues, merecedoras de una acogida crítica más amplia.

La lectura del libro deja una grata impresión. Concebido con alteza de miras, redactado en una forma sensiblemente espiritual, sembrado aquí y allí de sugerencias, de frases plenas de calor y emoción, nos hace respirar un ambiente de verdadero contagio, de franca incitación por los temas que se propone resumir o explicar. A veces la inflexión de su acento espiritual se deja sentir con fuerza creciente. Entonces parece desprenderse de allí el sentido de una misión en el autor: la misión, que él no puede renunciar, de propender por el avance, desarrollo y claro y seguro conocimiento de los problemas centrales de la filología y la lingüística. En gracia de esta misión podría quizás sugerirse tímidamente algo. Conservando el espíritu, el plan y líneas generales del libro pudiera Tovar animarse a ampliarlo tanto como a detallarlo; de manera que con el libro actual, acrecentado en más de un aspecto, llegara el estudioso hispanoamericano a poseer un manual en el que la vista de las dos ciencias historiadas aparezca fundada en la unidad superior que les confieren sus nexos recíprocos necesarios².

FERNANDO ANTONIO MARTINEZ

JOSE MIGUEL YRARRAZAVAL LARRAIN, *Chilenismos*. Santiago de Chile, 1945, 375 págs.

Con frecuencia suelen hacerse críticas, no siempre muy acertadas, al Diccionario de la Academia y sólo raras veces se presenta un trabajo como este que no podrá dejar de tener en cuenta la docta corpora-

creta, sino una necesidad elemental del oficio. Toda interpretación de los hechos particulares se cimienta en alguna concepción básica del lenguaje como fenómeno humano general, en unos conscientemente buscada, criticada y mantenida, en otros gregaria y pasivamente admitida". *RFH.*, Año VI, núm. 4, pág. 405, n. 1.

² En el texto se han deslizado algunas erratas, en su mayoría tipográficas, que conviene salvar. Recojo las siguientes: Portada interior *verso*: Morante = Morente; pág. 26: diferenria = diferencia; 35, n. 2: *Abris* = *Abriss*; 36, n. 5: *hoc te quoque manet, ut pueros elementa docentem occupet extremis in uicis, balba senectus*; = *hoc quoque te manet, ut pueros elementa docentem / occupet extremis in vicis balba senectus*; (Apud Guil. Dillenburger, Q. Horatii Flacci Opera omnia, Bonnæ, MDCCCLX); 70: *una* = *und*; 74: Miklovisch = Miklosich; 75: en ella = en ellas; 82: (1) = (9) y (pg. 9), = (pg. 1²); 88: *Ausfürliche* = *Ausführliche* y *Méthode* = *Méthode*; 123: Bragmann = Brugmann; 134-135: A. Horman = A. Hofmann; 145: *Paibeia* = *Puideia*.